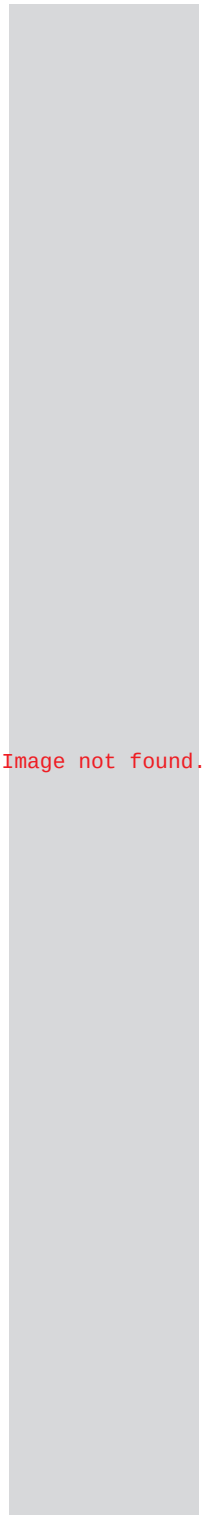
El Reflejo

Luciano Ramirez



Capítulo 1

Durante más de quince días, la lluvia no había cesado. Las calles estaban saturadas de charcos, cuya profundidad daba temor comprobar. El cielo parecía ser un lienzo, sobre el cual algún iracundo artista había derramado un tonel de pintura gris, para luego esparcir impetuosamente sus manos en derredor, resultando en un laberinto cíclico de voluptuosidad calígine. Las casas, a su vez, estaban inmersas en una apesadumbrada atmósfera de vapores húmedos. En este escenario transcurrían las vidas de los rutinarios transeúntes, elenco protagónico de la tragedia del nuevo siglo. Cada día sucedía al anterior y nada parecía cambiar en absoluto. Altas torres, decoradas con anuncios publicitarios, eclipsaban al sol durante el alba; y un séquito de luces de neón refulgía tan intensamente que, por las noches, los astros parecían estar ocultos. No obstante, en algunas ocasiones, la luna asomaba su rostro, envuelto en un velo nebuloso, pero rápidamente retornaba hacia las sombras, pues los hombres ya no requerían de su luminosidad en su marcha por los rincones urbanos.
Así era la vida del hombre moderno, el fruto del progreso y dominio sobre la naturaleza; la supremacía de la raza pensadora. Así era la vida en la que yo me encontraba inmerso; en la que tenía un rol y cumplía órdenes. Una vida opaca, sin mitos ni creencias; sin reminiscencia del pasado y las raíces de la humanidad. Una vida colmada de sueños ajenos y objetivos impuestos; donde el orden y el éxito eran conceptos que perseguían a uno hasta el féretro. Pero yo no me sentía a gusto con ello y, si bien los grilletes de la modernidad estaban ajustados sobre mis tobillos, luchaba día a día por liberarme.
Algunas noches soñaba que escapaba a unas tierras, con frondosos bosques fértiles, inmersos en un estío imperecedero, donde me veía dormitando, respirando la brisa matutina que exorcizaba toda la duda y la melancolía que sofocaron, durante tanto tiempo, la entereza de mi alma. Los días me los pasaba huyendo, sin rumbo alguno, deseando encontrar pequeñas aventuras que me libraran de la inerte monotonía diaria. Solía caminar avenidas enteras, deteniéndome algunas veces a conversar con extraños sobre cuestiones azarosas, sin un mínimo de importancia en mi vida. Al principio no encontraba una explicación que justifique mi comportamiento. Luego comprendí que todo aquello no era más que un grito de auxilio desesperado. Lo que en realidad buscaba era mi propia libertad.
Fue en uno de esos días lluviosos en los que, mientras observaba mi rostro reflejado en el espejo, encontré la solución, o al menos un determinante indicio hacia ella. Postrado allí, cara a cara conmigo mismo, comenzó a surgir en mí una inquietud tan estrepitosa y efervescente, que todos mis sentidos colapsaron durante un instante. Lo que mis ojos contemplaban era el rostro de un extraño. Una persona llena de intriga y misterio, de mirada profunda, agresiva, aunque también cautelosa y serena. Un rostro que me aterrorizó al comprender que era el mío. Exótico, distante, demencial. Mi identidad parecía ahora vana, inexistente

e ignota, como si nunca hubiera sido yo mismo; como si yo fuera el extraño.
Había vivido tanto tiempo en esta dimensión mundana, siguiendo el caudal de un río vertiginoso, forjando amistades efímeras, obedeciendo el dogma de mis padres, venerando a personalidades destacadas, cumpliendo sueños ensamblados en masa. Había subyugado mi alma a los mandatos de una religión liderada por burócratas, hipócritas y déspotas manipuladores; había vivido acorde a parámetros sobre lo permitido y lo prohibido, siguiendo las huellas de la multitud, sin nunca comprender hacia dónde me dirigía.
Tantos años fijando la vista en el exterior, distorsionaron la imagen de lo que yo realmente era, provocando una colisión existencial en el mismo momento en el que, por motivos que aún desconozco, decidí cambiar la mirada hacia el arcano mundo de mi interior.
En tan solo un instante, pasé de ser una máquina sin propósito ni voluntad propia, a un ser humano prematuramente consciente. Mi cuerpo era desconocido, incluso ajeno, pero con toda seguridad puedo afirmar que jamás me había sentido tan vinculado con mi entorno y con mi esencia, como en aquél momento. Ya no volvería a verme como un ser errático, aislado y en conflicto, pues había comprendido que toda persona es, en realidad, un componente más del mundo.